

PERSONAS.

DOÑA CANDIDA,
RITA,
MARGARITA,
DOÑA LUZ,
DOÑA JOSEFA,
DON ROQUE,
DON SILVESTRE,
DON BONIFACIO,
DON JUAN,
MR. PLATTOFF,
UN MOZO.



ACTO UNICO.

ESCENA I

DON ROQUE Y DOÑA CANDIDA.

CANDIDA.

¡Ay Dios mío! ¡y qué carnaval tan triste para mí! ¡Haberme acostado todas estas noches antes de las nueve, y hoy que tenía un bailecito, no poder tú acompañarme!

ROQUE.

Ya ves, hija, no es culpa mía: y, como se suele decir, primero es la obligación que la devoción.

CANDIDA.

Pero es fuerte cosa que, desde que nos hemos casado, siempre has de haber tenido algo que hacer en noche en que yo hubiera podido divertirme.

ROQUE.

¿Para qué te casaste con un médico?

CANDIDA.

Tan pronto es un parto que no viene derecho: tan pronto es una boca torcida....

ROQUE.

Lo de ahora no es nada torcido ni derecho, sino un terrible ataque de apoplejía que le ha dado á un padre de Santo Domingo, y que me pone, á la verdad, en mucho cuidado.

CANDIDA.

¿Tendrás por supuesto que pasar toda la noche á la cabecera de su cama?

ROQUE.

Mucho me lo temo.

CANDIDA.

¿Y yo tendré que meterme en la mfa dentro de media hora?

ROQUE.

Es lo mejor que puedes hacer, porque es probable que yo vuelva muy tarde.... y....

CANDIDA.

Mil gracias por la noticia.

ROQUE.

Vaya, Cándida, sé razonable y no te incomodes

por tan poco... ¿Qué vale un baile más ó menos, cuando tu marido trata de llenar los sagrados deberes de su profesión... de ir al socorro de la humanidad afligida....?

CANDIDA.

¿Y por qué se ha de afligir la humanidad porque á ese padre le haya dado apoplejía por haber sin duda almorzado esta mañana como un buitre?

ROQUE.

Al cabo tú no habías de bailar en casa de doña Sinforosa....

CANDIDA.

¿Y quién te dice á tí que yo no hubiera bailado esta noche en casa de doña Sinforosa?

ROQUE.

Porque de cincuenta años arriba....

CANDIDA.

No debe nadie mojarse la barriga, según el refrán; pero esto no quiere decir que no pueda bailar la que, como yo, siente todavía ágiles sus piernas.... Además, yo no tengo cincuenta años, y...

ROQUE.

Ya se ve que no los tienes.... como que naciste el año de setenta y cinco, si mal no me acuerdo.

CANDIDA.

Yo soy la que no me acuerdo de semejante cosa... y la que no me quiero tampoco acordar de ella. ¡Ay Roque! ¡y qué mal me huele el que me estés ya todo el día trayendo á la memoria el año de mi nacimiento!

ROQUE.

¿Cómo quieres que se olvide ese año, si fué el del terremoto de Lisboa?

CANDIDA.

Repito que me da muy mala espina semejante afectación de tu parte, y....

ROQUE.

Y á mí me la da peor el que empecemos á estas horas una conversación tan vidriosa como lo es la de tu edad. Así, mejor será que me vaya, y.... Conque, quédate con Dios, Cándida.

CANDIDA.

¿Al fin te vas?

ROQUE.

(Tomasu sombrero.) ¡Qué hede hacer!

CANDIDA.

Y si encuentras por casualidad algo aliviado al padre, ¿no volverías todavía á tiempo de...?

ROQUE.

No lo espero, porque primero que se le echen

las treinta docenas de sanguijuelas que te voy á recetar, se ha de pasar mucho tiempo.

CANDIDA.

¡Jesús! ¡Treinta docenas!

ROQUE.

Y si no cede el mal, tendré que ordenarle luego, ventosas, cáusticos, sangrías, moxas é incisiones transversales.

CANDIDA.

Oye, no dejes entonces de recetarle también Extremaunción... porque para lo que queda...

ROQUE.

Todo se andará si fuere necesario. Adiós, que te recojas lo más pronto que puedas... mira que la noche está fría, y que es fácil cojas, si te descuidas, otro reumatismo como el que atrapaste el invierno pasado. (Vase.)

ESCENA II

Da. CANDIDA, SOLA.

¡Qué empeño tiene en que me recoja temprano! No parece sino que no está á gusto cuando yo no estoy dormida. Pobre Cándida, y qué mal hiciste en casarte con este matasanos, que aunque mozo todavía, era ya viudo... Y quien dice viudo dice resabiado y marrajo. ¡Cuánto más

me hubiera valido el haberme casado con mi primo Silvestre que me quería tanto....! Como que desesperado de verme en poder de otro, sentó plaza, y Dios sabe en dónde estará á estas horas.... Quizá habrá muerto en la guerra, de algún balazo.... ó de algún tumor que se le haya gangrenado.... porque como era oficial de sastre y se metió luego á soldado de caballería, nada tendría de extraño que no se hubiera podido acostumbrar á aquellos trotes. No me consolaría en toda mi vida si tal hubiera sucedido.

ESCENA III

MARGARITA Y DICHA.

MARGARITA.

Buenas noches, señorita.

CANDIDA.

Buenas te las dé Dios, Margarita.... ¿Qué traes de nuevo?

MARGARITA.

Mi ama doña Sinforosa, que le besa á su merced las manos.... y que cómo es que no ha ido todavía su merced por allá.... que la casa la tenemos ya llena de máscaras.... y que sólo se espera á su merced para servir el chocolate y para empezar los sonecitos.

CANDIDA.

Es verdad que le había prometido que baila-

ría esta noche las cañabacitas.... el jabón. Pero no es mala purga la que te he y ahora dentro del cuerpo.

MARGARITA.

Sin duda el señor doctor....

CANDIDA.

Pues.... mi marido es el que....

MARGARITA.

Vea su merced, solo por eso no me hubiera yo casado con un doctor.... que es una gaita el que la anden á una siempre jaroqueando.

CANDIDA.

No es eso, Margarita, sino que precisamente le acaban de llamar para un enfermo muy grave, y....

MARGARITA.

Para una enferma muy grave, querrá decir su merced.

CANDIDA.

Qué enferma ni qué bereugena... Mi marido no visita enfermas de noche sin que yo lo sepa y le autorice antes para ello.... Así me lo tiene prometido.

MARGARITA.

Poco importa eso, señorita, con tal que no lo tenga además cumplido.... Dígolo porque le



acabo de ver entrar en esa casita blanca de la esquina, en donde sólo viven dos hermanas muy lindas, que conozco como á las yemas de mis dedos.

CANDIDA.

No lo creas, que á donde ha ido es á Santo Domingo á visitar á un padre.

MARGARITA.

Yo no sé si el padre de esas niñas vive ó no en Santo Domingo, pero lo que sí sé es, que en todo caso ha empezado por visitar á las hijas.

CANDIDA.

Le habrás equivocado con otro.

MARGARITA.

No me pude engañar, señorita, porque al pasar por mi lado me dió, según su costumbre, un buen pellizco, y yo, ya se ve, con el dolor volví la cara, y conocí al punto al señor D. Roque. No le hablé, es verdad, porque vi que iba muy de prisa, pero....

CANDIDA.

¡Qué oigo! ¡Es imposible!

MARGARITA.

¡Imposible! ¿Quiere ver su merced la señal?

CANDIDA.

No, no.... No digo eso, sino que no sería mi

Roque el que se atrevió á darte ese pellizco que dices.

MARGARITA.

Como no es la primera vez que se ha atrevido....

CANDIDA.

Repito que no puede ser.

MARGARITA.

Y yo repito que él fué el que me lo dió... y de monja, por más señas.... así. (La pellizca.)

CANDIDA.

¡Ay....! ¿Qué has hecho, bruta?

MARGARITA.

Explicarle á su merced la cosa.

CANDIDA.

¡Habrás animal! ¡Pues no me ha hecho ver las estrellas!

MARGARITA.

Mejor las he visto yo antes... como que estaba en la calle.

CANDIDA.

Anda, que eres una bestia muy malcriada y muy habladora.... Yo se lo diré á tu ama en cuanto la vea.

MARGARITA.

Hará su merced mal.... porque yo ¿qué he dicho? La verdad.... Que D. Roque ha entrado en casa de las dos Carrasquitos.... Porque así se llaman.... Si lo sabré yo que las conocí en la amiga.... Una es rubia y la otra un poco prieta, pero con dos ojos muy hermosos.... como dos zapotes.... Esto es todo lo que he dicho.... Y lo del pellizco.... Nada más.... No creo que en eso he ofendido á nadie.... Si hubiera añadido alguna malicia sobre el motivo de la visita, entonces podría su merced llamarme con razón habladora.... Pero Dios me libre de semejante tentación, que no soy de las que les gusta platicar en perjuicio de tercero.... No, señora.... Si D. Roque ha entrado allí, como en efecto ha entrado, para algo será, y sólo para algo.... Estará quizá mala la rubita.... O quizá la prieta.... Una de las dos ha de ser la enferma que D. Roque habrá ido á curar.... porque no hay sino ellas dos en toda la casa.... Así, no se apure su merced ni se enfade conmigo.... Todo lo que ha pasado es muy natural, y muy inocente, y muy.... Conque.... Quédese su merced con Dios.... Diré á mi ama que su merced no puede venir porque su marido ha tenido que ir á visitar á un padre de Santo Domingo... Y lo de las Carrascos se quedará para nosotras, por lo que puede tronar. Agur. (Aparte.) Tómame esa, vejestorio, para que me llames otra vez bestia y habladora. (Vase.)

ESCENA IV.

Da. CANDIDA Y LUEGO RITA.

CANDIDA.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué taravilla tan impertinente!.... No sé cómo he tenido paciencia y no la he mandado arrojar por las escaleras.... Pero, Cándida, ¿y si lo que te ha dicho fuera cierto por acaso? Si tu marido en lugar de estar á la cabecera del padre estuviera ahora á los pies de otra cama.... ¡Horrible incertidumbre! Ello no hay duda que estos maridos son capaces de todo.... y mucho más cuando sus mujeres.... ahora que no nos escucha nadie.... pasan como yo.... de.... de los veinticinco. ¡Maldita canalla masculina! Si tal supiera, vive el cielo que me habfa de vengar estrepitosamente y en esta misma noche.... Porque no hay cosa como las venganzas nocturnas.... y, como añadía mi madre, que esté en la gloria, simultáneas y espontáneas.

RITA.

Tía, ¿conque no vamos esta noche en casade doña Sinforosa?

CANDIDA.

No, hija, tu tío ha salido, y....

RITA

¡Qué lástima!

CANDIDA.

Ya se ve que es lástima.

RITA.

Yo que me iba á vestir de monaguillo...

CANDIDA.

Y yo de cupidillo... con sus flechas y su aljaba, y... Veinte reales me lleva por el traje el sastre que me lo ha alquilado.

RITA.

¿Y no podíamos ir sin el tfo?

CANDIDA.

¿Qué dices, muchacha...! ¡Cómo habíamos de ir por esas calles, y á estas horas, dos mujeres solas y no mal parecidas, para que algún insolente nos hiciera alguna insolencia! Sería imperdonable... ¿Pero qué papel traes en la mano?

RITA.

Uno que me he encontrado en el corredor, y que sin duda se le ha caído á mi tfo del bolsillo cuando fué por la capa.

CANDIDA.

Alguna receta... Dámelo... (Aparte.) ¡Qué veo! ¡Letra de mujer! Leamos.—(Lee.)—“No se canse usted, amiguito, si he de ir con usted á la máscara, ha de ser de turca.”—¡Ah perra mora!

RITA.

¿Es una receta, tía?

CANDIDA.

Continuemos.—(Lee.)—“Es disfraz que me va muy bien; según usted mismo dijo antes de anoche, cuando me lo probé delante de usted.”—¡Ay, Virgen de las Angustias, y qué calor! (Se abanica con mucha prisa y fuerza.)

RITA.

¿Quiere usted que abra las ventanas?

CANDIDA.

Apuremos el tósigo. (Lee.)—“Así, ó me quedo en casa y se me alborotan de seguro los nervios, ó me trae usted hoy mismo una media luna de oro y un velo de punto. Le advierto á usted que los mejores velos son los de Bruselas allá en Flandes, y que se venden en el cajón de “Los Tres Navíos.”—Eso es, bribona, luce á costa mía la poca geografía que sabes.

RITA.

¿Y para qué enfermedad sirve esa receta, tía?

CANDIDA.

Déjame en paz... que estoy hecha un basilisco, y estoy por arrancarme uno á uno todos los pelos de la cabeza.

RITA.

De la peluca, dirá usted, tía. (Suena dentro una guitarra.)

CANDIDA.

¿Qué música es esta?

RITA.

Algún enamorado con carraspera, que querrá hacer gárgaras á la reja de su novia.

CANDIDA.

Calla, y oigámosle, que no lo hace del todo mal.

RITA.

Ya me callo. (Cantan.)

CANDIDA.

¡Rita!

RITA.

¿Tía?

CANDIDA.

Y conozco esta voz.

RITA.

Yo no.

CANDIDA.

¡Ay Dios mío....! ¡qué agitada me siento!... Mira, mira los vuelcos que me da el corazón... no parece sino que se quiere salir del pecho.

RITA.

Pues crícese usted bien el tápalo para que no se vaya. (Silban.)

CANDIDA.

¡Oh! sí. Él es.... Así silbaba cuando quería

que yo me asomara á la ventana.... Sólo que algunas veces se enfadaba de esperar.... ¡como era tan vivo! y cogiendo entonces un guijarro de á dos libras.... (Tiran una piedra.)

RITA.

¡Válgame San Tito!

CANDIDA.

Ahora sí que no me queda duda. (Asomándose con precipitación.) ¡Silvestre!

SILVESTRE.

(Desde dentro.) ¡Cándida!

CANDIDA.

¿Eres tú?

SILVESTRE.

(Desde dentro.) Yo soy.... ¿Puedo entrar?

CANDIDA.

Sube, sube.... Anda, niña, alumbra á tu tío.

RITA.

¿A su marido de usted? Qué, ¿ha vuelto ya?

CANDIDA.

No, no, á otro tío que yo te he dado, porque es primo carnal mío, y de consiguiente....

ESCENA V

SILVESTRE Y DICHAS.

SILVESTRE.

Cándida paloma que mereciste mis primeros arrullos.... Prima idólatra, idolatrada, é idolatrabable.... ¿Cómo estás?

CANDIDA.

¡Silvestre!... ¡Ah Silvestre! ¡Oh Silvestre!... (A Rita.) Vete, niña, allá adentro.

RITA.

(Aparte.) ¿Saben ustedes que mi nuevo tío me tiene trazas de algo salvaje? (Vase)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS RITA.

SILVESTRE.

Qué buena te encuentro.... Un poco flaca.... Bastante descolorida.... Muy aviejada.... Con algunos dientes menos.... Y la maldita pata de gallo.... Pero por lo demás, lo mismo, lo mismo que te dejé ahora hace nueve años.

CANDIDA.

Y también la misma, la misma que me dejaste ahora hace nueve años.

SILVESTRE.

Qué discreta indirecta.... Con eso has querido decirme que me amas todavía con el propio frenesí con que me amabas cuando me plantaste y te casaste con el otro.... ¿No es cierto?

CANDIDA.

Créelo, como si lo leyeras en letra de molde... Pero vaya, y tú ¿cómo vuelves á mis amantes brazos?

SILVESTRE.

Con una charretera á la izquierda.

CANDIDA.

No te pregunto eso, sino ¿si vuelves tan enamorado como lo estabas cuando sentaste plaza de soldado?

SILVESTRE.

Muchísimo más, como que ya soy alférez.

CANDIDA.

¿Sólo alférez?

SILVESTRE.

Pues mira, no creas que se encuentran por ahí muchos subtenientes.... De otros grados no digo que no, pero....

CANDIDA.

¡Pobre Silvestre! ¡Qué lejos estaba de que te vería esta noche!

SILVESTRE.

También me temía yo que no te podría abrazar hasta mañana por la mañana.

CANDIDA.

¿Por qué?

SILVESTRE.

Porque te creí cenando con tu marido...

CANDIDA.

Ya hace mucho tiempo que no cómo nada de noche sin que se me indigeste al punto.

SILVESTRE.

Pues entonces ¿para quién es la cena que ha encargado esta tarde en la gran fonda de las Siete Cabrillas?

CANDIDA.

¿Qué dices....? ¿Mi marido ha encargado una cena en la fonda?

SILVESTRE.

Sí, para dos personas, y á ocho pesos por cabeza.

CANDIDA.

¡Qué peso tengo en la mía! ¡Si me habrá entrado jaqueca!

SILVESTRE.

Yo estaba allí en un rincón refrigerándome un sí es, no es, y acabado de bajar de la diligencia,

cuando vi entrar á tu marido jugueteando con el bastoncito y haciendo mil dengues. Buenas bascas me dieron al reconocerlo, eso es otra cosa, acordándome del despojo que me había hecho, "in illo tempore," usurpándome tu mano.

CANDIDA.

Continúa, continúa.

SILVESTRE.

Preguntó en seguida por el amo de la casa; vino éste, y le dijo que iría esta noche á cenar con una señora á eso de las diez, para dirigirse desde allí al baile de máscara.

CANDIDA.

¡Pérfido!

SILVESTRE.

Hablaron, por supuesto, del precio, de la pieza en que había de cenar, de los platos, de los vinos y de los helados.

CANDIDA.

¡Ingrato!

SILVESTRE.

Y se marchó después por donde había venido.... Yo, ya se ve, me figuré que serías tú la convidada... y estuve para irme á dormir.... pero no sé qué presentimiento me detuvo, y quise ensayar si podría todavía esta noche alcanzar la inefable dicha de verte, aunque fuera

al través de tus cristales.... De ahí que, tomando la guitarra, y enjugándome la boca con unos cuantos tragos de chinguirito, vine, canté, y lo demás ya lo sabes, si no te se ha olvidado con el gusto que has tenido.

CANDIDA.

Gusto yo...y diera en este momento cuanto poseo por que te hubiera salido esta mañana en Río Frío una cuadrilla de ladrones, y te hubiera dejado en camisa.

SILVESTRE.

¡Cándida! ¡qué profieres!

CANDIDA.

Sí, porque de ese modo no hubieras podido refrigerarte en la fonda, y no hubieras allí descubierto mi infamia y su traición.

SILVESTRE.

Es verdad, si no hubiera estado allí, nada hubiera podido oír de lo que allí se habló acerca de tu infamia y de su traición.

CANDIDA.

Pero, pues ello ha sucedido, pensemos á lo menos en mi venganza.

SILVESTRE.

Eso es, eso es, véngate, véngate.

CANDIDA.

Silvestre, no ignoras que aunque me casé por

razón de estado, le he sido siempre fiel á mi marido.

SILVESTRE.

No lo sé, pero me lo supongo.... Digo que no lo sé, porque como me marché el día mismo de tu boda....

CANDIDA.

Y bien, mi marido me la pega....

SILVESTRE.

No es el primero.

CANDIDA.

¡Oh! sí.... Y me la pega.... Y quizás en este momento.... ¿Qué hora es?

SILVESTRE.

Las diez menos tres minutos.

CANDIDA.

¿Quieres acompañarme?

SILVESTRE.

¿A dónde?

CANDIDA.

A esa fonda de las Siete Cabrillas en donde mi marido me quiere traicionar, según dicen en nuestra tierra.

SILVESTRE.

Y en donde antes quiere cenar....

CANDIDA.

Conque así, vente conmigo.

SILVESTRE.

Reflexiona, prima del alma....

CANDIDA.

¡Qué! ¿temerías acaso.....?

SILVESTRE.

Sí, y no por mí, que al cabo tengo este sable con que poder defenderme y ofenderle; sino por ti, víctima desventurada de la injusticia conyugal... porque si le sorprendemos y se enfada, ¿quién crees tú que pagará, tarde ó temprano, su enojo?

CANDIDA.

No importa.... sígueme.

SILVESTRE.

Pero repara al menos que no puedes ir en ese traje.... ni sola conmigo, por el maldito qué dirán.

CANDIDA.

En cuanto á lo primero, no hay cuidado, pues Rita y yo teníamos ya preparados nuestros disfraces para ir en casa de una amiga nuestra...

SILVESTRE.

¿Quién es esa Rita?

CANDIDA.

Una sobrina de mi marido, bastante bonituela, y....

SILVESTRE.

¡Bonituela....! Entonces vamos á buscarla... que yo después alquilaré al paso algún disfraz.

CANDIDA.

Vamos, pues. (Vanse.)

ESCENA VII

SALA DE UN CAFE: UN MOZO, D. ROQUE Y Da. LUZ, VESTIDOS DE TURCOS.

MOZO.

Por aquí... este es el cuarto... y todo lo tenemos listo para cuando usted diga que quiere cenar.

ROQUE.

Ahora mismo.... ¿No le parece á usted Lucécita?

LUZ.

Sí, señor.

ROQUE.

Sí, sí, cuanto más pronto mejor, para que podamos ir á buena hora al baile del teatro.

MOZO.

Pues voy á subir la cena.

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS EL MOZO, Y LUEGO D. BONIFACIO, D. JUAN, Mr. PLATTOFF y Da. JOSEFA.

(Los cuatro últimos personajes hablan, el primero, desde un palco, el segundo desde la luneta, el tercero desde el patio, y el cuarto desde la galería).

ROQUE.

Y bien, ¿no se quita usted la máscara?

LUZ.

Es que, el mozo va á volver, y...

ROQUE.

¿Y qué importa eso?

LUZ.

¡Oh! no, tengo mucha vergüenza.... Después que traigan la cena y se vaya me la quitaré.

ROQUE.

Como usted guste, Lucésita mía, pero sentémonos entretanto... aquí... y yo á su lado de usted.... Ojalá no me separará nunca de él, porque sólo á su lado de usted soy dichoso...!

Sólo cuando tengo esta linda mano entre las mías... y cuando mis labios sellan en ella, como ahora, su... (Va á besarla la mano.)

BONIFACIO.

(Desde un palco.) ¡Eh! eso no lo permitiré yo.

JUAN.

(Desde una luneta.) Silencio.

BONIFACIO.

No, señor, no lo permito... No faltaba más... Hasta ahí podían llegar las chanzas

JUAN.

Silencio.... Fuera.

PLATTOFF.

(Desde el patio.) A la puerta.

BONIFACIO.

Es una picardía... una desvergüenza... no se falta así á lo que se ha contratado.

JUAN.

Cállese usted.

BONIFACIO.

Tiene razón ese caballero.... Cállense ustedes y déjenme hablar.... que no he venido yo desde Aguascalientes para que se me afrente delante de tan respetable público.... porque han